

Los apasionados

Hacía un calor del demonio en la Escuela Normal Nº 35, y el Licenciado Ernesto Machado transpiraba como un condenado. Sintió un murmullo desaprobador, pero no observó a los espectadores. Se paralizó ante esa aureola difusa y permaneció media hora en silencio, hasta que uno de ellos lo aterrorizó.

— Si el mundo está destruido, ¿para qué mierda nos sirve estudiar?!

Sintió que era el único herido con aquella frase; se acobardó, y sin transitar el peligroso terreno áulico, volteó su rostro hacia la ventana. Era la primera vez que lo hacía desde su traslado. El pueblo en escombros lo rodeaba. Intentó recobrarse por dentro; forzó la vista en los bloques de piedra apilados desprolijamente sobre el terreno carbónico, pero su mente le devolvió un pensamiento vacío y triste.

— Este... para... para... pro-te-te-gerlos del... — tartamudeó con la boca seca y atrofiada y no pudo armar la frase.

Entre sorprendido y horrorizado, escapó a un pasillo abarrotado de alumnos y ventanas clausuradas. En el camino, se estremeció ante el violento topetazo del techo y el persistente bailotear de los carteles de papel. Se refregó los ojos dos veces y el recuerdo comenzó a perseguirlo de nuevo. La figura del Director de su antigua escuela que le decía: “Usted viene de un mundo ingenuo, evidente y sencillo de enseñar. Ese mundo ya no existe” y repetía: “mundo ingenuo” y agregaba “cuando no había fuego”.

Ernesto corrió un trecho largo y chocó con la oficina del Director. La inscripción que colgaba sobre el respaldo del sillón directivo le impidió entrar: *“Mirar la pared ejercita la imaginación. Crear interés en cualquier cosa, lo que sea, ejercita la risa. Y las risas de los jóvenes desesperanzados en un mundo desesperanzador lo vale todo”* decía la frase en letras desgastadas.

Aunque Ernesto sonrió por dentro, no regresó a la clase.

Lo vieron salir con la cabeza gacha y los pelos revueltos por el viento. Cientos de estudiantes, todos sobrevivientes de las lluvias de fuego, con sus narices pegadas al vidrio, siguieron sus pasos por la tierra muerta, cuando el cielo se iluminó majestuosamente y

Ernesto Machado se incineró violentamente en lo que alguna vez había sido el patio de juegos de la Escuela Normal N° 35.

Al mes siguiente, el Ministro de Educación tomó dos medidas de carácter radical: la primera, cambiar el nombre de “Docentes” por el de “Apasionados”. La idea era oportuna, pues la muerte del Licenciado Machado había demostrado que en esos tiempos de destrucción solo unos pocos podían o querían enseñar algo sobre un mundo tan desolador, tan silencioso; un mundo que no existía. La segunda medida no era oportuna pero tenía su lógica. La duración del nivel secundario pasó de cinco a treinta y cinco años.